

LA VIEJA LIEBRE

1º - 3º

Había una vez una liebre que vivía en el límite del bosque, donde los árboles comienzan a separarse y el prado se abre hacia el valle. Era una liebre de orejas largas y mirada tranquila, de esas que parecen haber visto muchas primaveras sin haber perdido nunca la ternura.

Todos los años, cuando los huevos de Pascua estaban ya pintados, ella era la primera en contarlos. Los miraba de nuevo, uno a uno —dorados, plateados, rojos como amapolas, azules como el cielo— y luego los llevaba a los niños que vivían en las casas del valle. Corría por los prados, saltaba los arroyos, atravesaba los setos. Y cuando terminaba, volvía a su madriguera con las patas ligeras y el corazón contento.

Pero aquel año, algo distinto ocurrió.

Los huevos de Pascua se colocaron, como siempre, en la gran cesta de mimbre que el viento del norte dejaba al pie del roble blanco. Las liebres del bosque se reunieron en el claro para repartirlos. Había muchas liebres aquel año, jóvenes y rápidas, con orejas erguidas y patas listas para la carrera.

La liebre vieja —*así la llamaban ahora, aunque nadie sabía su verdadero nombre*— se acercó a la cesta con paso pausado. Pero cuando iba a tomar un huevo, el más joven de todos, una liebre de orejas todavía torcidas y patas aún temblorosas, se adelantó.

—*Yo llevaré los huevos este año* —dijo el joven con voz firme—. *Tú ya has corrido muchas primaveras. Quédate a descansar.*

La liebre vieja lo miró con sus ojos tranquilos.

—*¿Estás seguro?* —preguntó.

—*Seguro* —respondió el joven, y tomó tres huevos de la cesta—. *Iré al valle, a las casas de los niños. Volveré antes de que la luna salga.*

La liebre vieja asintió y se retiró al borde del claro. Desde allí vio al joven alejarse con los huevos entre las patas, saltando alegre por la ladera. Y aunque algo en su corazón le decía que debía ir con él, se quedó donde estaba.

Pasaron las horas. El sol comenzó a inclinarse detrás de las montañas. Las liebres fueron regresando una a una, cada una con su historia: una había dejado el huevo en el nido de los gemelos, otra lo había escondido bajo el rosal de la abuela, otra lo había puesto en el zapato del niño que siempre perdía sus cosas.

Pero el joven lebrato no volvía.

La luna salió, redonda y plateada, y el claro se llenó de sombras. Las liebres empezaron a murmurar.

—Quizá se ha perdido —dijo una.

—Quizá se ha quedado a jugar con los niños —dijo otra.

—Quizá ha olvidado el camino —dijo el más pequeño.

La liebre vieja no dijo nada. Se levantó despacio, estiró sus patas traseras —aquellas que tantos saltos habían dado— y miró hacia el valle.

—Yo iré a buscarlo —dijo.

—Pero está oscuro —dijo una liebre joven—. *El bosque de noche no es lugar para una liebre vieja.*

—Por eso debo ir —respondió ella, y sin más palabras, se internó en la oscuridad.

Atravesó el bosque de los helechos, donde las sombras danzaban entre los troncos. Cruzó el arroyo de las ranas, que aquella noche no cantaban. Llegó a la pradera, donde el viento traía un olor que no le gustaba: olor de zorro, olor de peligro.

Y entonces lo vio.

El joven estaba acurrucado al pie de un espino, con las orejas gachas y los ojos brillantes de miedo. A su alrededor, en círculo, tres sombras se movían entre la hierba alta. No eran sombras de árboles. Eran sombras con ojos.

—Los huevos —susurró el joven cuando la vio acercarse—. *Los perdí. Cuando vi al zorro, eché a correr, y los huevos se me cayeron. Uno rodó hasta el arroyo, otro se rompió contra una piedra, otro... no sé dónde está el otro.*

—No importan los huevos —dijo la liebre vieja con voz suave—. *Ahora salgamos de aquí.*

—No puedo —dijo el joven, señalando sus patas traseras—. *Al saltar el seto, me lastimé. No puedo correr.*

La liebre vieja miró las patas del joven. Una de ellas estaba doblada en un ángulo que no debía tener. Luego miró hacia la hierba alta. Los ojos seguían allí, acechando.

—Tú te irás —dijo ella con calma—. *Yo me quedaré.*

—¿Quedarte? —el joven la miró con los ojos muy abiertos—. *Si te quedas, el zorro...*

—Sé lo que hará el zorro —dijo la liebre vieja, y en su voz no había miedo, solo una paz antigua, como la paz que tienen las madrigueras después de la tormenta—. *Pero mientras él me persiga a mí, tú podrás llegar a casa. ¿Sabes el camino?*

El joven asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces vete —dijo la liebre vieja—. *Y cuando llegues, diles que no me busquen. Que yo ya he corrido suficientes primaveras.*

Se inclinó sobre el joven, lo empujó con suavidad con el hocico, y luego se puso de frente a la hierba alta. Enderezó las orejas. Alzó la cabeza. Y con todas sus fuerzas, con sus patas traseras que tantos saltos habían dado, golpeó la tierra tres veces.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los tres golpes resonaron en la pradera como un tambor. Los ojos de la hierba alta se volvieron hacia ella. Y ella echó a correr en dirección contraria al camino de casa.

Corrió como no había corrido en años. Saltó los setos, atravesó los arroyos, zigzagueó entre los árboles. Sus patas viejas la llevaban más despacio que antes, pero la llevaban. Y detrás de ella, las sombras la seguían.

Corrió hasta que sus patas no pudieron más. Corrió hasta que el pecho le ardía como una brasa. Corrió hasta que llegó a un claro que conocía bien: el claro del roble blanco, donde cada año la cesta de los huevos de Pascua aparecía.

Allí se detuvo. Las sombras se acercaban. Ella se sentó al pie del roble, con el hocico levantado hacia la luna, y esperó.

Pero antes de que las sombras llegaran, algo extraño comenzó a suceder.

Del suelo, alrededor de sus patas, empezó a brotar una luz tenue. No era luz de luna, ni luz de estrellas. Era una luz cálida, como la que tienen los huevos de Pascua sin pintar cuando recién llegan rodando desde el lugar secreto.

Las sombras se detuvieron. Los ojos parpadearon, deslumbrados. Y de la luz que brotaba del suelo comenzaron a nacer huevos. No uno ni dos, sino muchos. Huevos dorados, plateados, rojos como amapolas, azules como el cielo. Formaron un círculo alrededor de la liebre vieja, y el círculo creció, y las sombras retrocedieron, y los ojos se cerraron y huyeron hacia la espesura.

Cuando amaneció, las liebres del bosque salieron a buscarla. Encontraron al joven lebrato en su madriguera, con la pata vendada con hojas de llantén. Y lo encontraron llorando, porque sabía lo que la liebre vieja había hecho por él.

Corrieron todas juntas hacia el claro del roble blanco.

Y allí la encontraron.

Estaba acurrucada al pie del árbol, incluso con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios. Pero no estaba sola. A su alrededor, formando un gran círculo que la protegía como una madriguera de luz, había cientos de huevos de Pascua de todos los colores. Y de cada huevo brotaba una pequeña flor, y de cada flor un pequeño aroma a primavera, y de cada aroma una pequeña canción que decía:

*Aquí, quien dio su carrera, descansa
para que otro llegara a su casa.
No llores por ella, que no se ha ido:
se ha quedado con todo
lo que en Pascua ha florecido.*

Desde aquel año, en aquel bosque, las liebres nunca dejan que una de las suyas corra sola cuando el peligro acecha. Y cuando los huevos de Pascua llegan cada primavera, los más hermosos, los que tienen un brillo más cálido y un color más profundo, son los que aparecen alrededor del roble blanco, en el claro donde la liebre vieja entregó sus saltos para que otro viviera.

Los niños del valle dicen que esos huevos saben diferente. Que al comerlos sienten un calorcito en el pecho, como si dentro de ellos hubiera no solo azúcar y chocolate, sino algo más: un pedazo de valentía, un eco de una carrera que no se corrió para ganar, sino para que otro llegara a casa.

Y si alguna primavera encuentras un huevo de un color que no has visto nunca, con un brillo que parece venir de muy adentro, agradece en silencio. Porque quizá ese huevo fue pintado por la luz que brotó de una liebre que supo que hay carreras que no se ganan con las patas, sino con el corazón.

Traducción de *IdeasWaldorf*